

¿PARA QUE SIRVE LA POPULARIDAD?

Al General no le importa si es popular o no lo es, por lo menos así lo dice el mismo: "lo que me importa realmente es gobernar bien... si las medidas que responsablemente adopto deterioran mi imagen, no importa... no estoy en el gobierno para adquirir méritos en cuanto a mi imagen personal, sino para gobernar bien y honestamente". Lo curioso es que hoy no gobernaría de no haber gastado toneladas de dólares para lavar precisamente su imagen, bastante deteriorada durante su regimen de facto.

Pero, ¿qué otra cosa podía decir el Presidente de la República después de los sondeos de opinión que revelan una tremenda caída de su popularidad después del gasolinazo? Algo similar dijo Gonzalo Sánchez de Lozada, su predecesor, cuando era objeto de abucheos en sus apariciones públicas: "No me preocupan mi popularidad ni mi peso" - dijo el ex presidente -; "solo estoy empeñado en hacer lo que debo hacer".

En ambos casos, se trataba de salir del paso ante los requerimientos de la prensa, y Sánchez de Lozada lo hizo con mas eficacia y cinismo que Banzer; pero uno y otro no hicieron mas que demostrar con sus propias declaraciones todo lo contrario de lo que quisieron demostrar. La verdad es que un político a quien le importara un pito su impopularidad, jamás llegaría donde llegaron Sánchez de Lozada y Banzer.

¿Y los kilos demás en el cuerpo, que casi nunca estan bien distribuidos? El peso y la gordura no son solo una preocupación de modelos y bailarinas, sino de todo individuo que vive en una comunidad de valores compartidos. Es una cuestión de conciencia, y toda conciencia es, ipso facto, una conciencia social. Solo individuos absolutamente marginados del espectro social, como los ermitaños o santones orientales y los "aparapitas" bolivianos, pueden darse el lujo de ignorar su figura. También los dueños del poder, claro, que siempre ganan en peso lo que pierden en prestigio.

Alguien dijo que el hombre que se deja envolver en la telaraña de la política, acaba actuando como una araña. La vida exige a los políticos los mismos sacrificios que a las estrellas del espectáculo, porque el éxito o el fracaso de ambos depende de una veleidosa opinión pública, y deben estar siempre a la defensiva, sin descuidar la pose ni el maquillaje, para no caer a los abismos de la preferencia popular. Solo cuidando su imagen llegan a la cima; y lo peor es que, cuanto más éxito tienen, más se desgastan, porque el incienso del poder emborracha y embrutece, y acaban divorciados de la realidad.

Poder implica soledad, entendida como un estar ausente de la realidad aunque rodeado de infinidad de corifeos. Todos los gobernantes, tanto demócratas como dictadores, llegan a la absoluta soledad, porque los mecanismos del poder, de la burocracia y del propio ego alteran los canales de información y aíslan a los poderosos del medio social y de la realidad. En el limbo, lejos de los que sienten hambre y miseria, viven una engañosa fantasía. Solo así puede explicarse por que un importante ministro del gabinete actual haya declarado que el pueblo boliviano esta feliz despues del "gasolinazo".

Hablando de uno de sus célebres personajes, García Márquez dijo alguna vez que no le interesaba un coronel Aureliano Buendía en el poder, sino como cambiaría Buendía en el poder. Este es en realidad el tema que trató en "El Otoño del Patriarca", meditando sobre la intimidad, la emotividad y la psicología de un dictador cargado de años, sin importarle sus hazañas, sino su otoño, o sea su declinación al entrar en "el limbo del poder absoluto". Buendía es un individuo que se va deteriorando a medida que aumenta su poder, hasta que llega un momento en que, por ejemplo, hace el amor a oscuras, sin saber por que ni con quien lo hace.

Los poderosos, sobre todo los dictadores, se creen cerca de Dios, y ya no les interesa la opinión ajena porque no saben que viven los momentos más trágicos y cómicos de su existencia. Están en su otoño, o comienzo del ocaso, y se creen hermosos, aunque obesos.

Lo cierto es que todo político debe estar consciente, y mucho, de su popularidad y su peso; por lo menos de lo primero, porque al pueblo si le interesan, pues si todos creyeran y confiaran en sus gobernantes no habría huelgas, manifestaciones ni protestas. Un mandatario despreocupado por su imagen y su popularidad es más irresponsable que un actor que ignora las rechiflas y los tomatazos de su público, o que una Miss Universo que engorda por pura glotonería.

La popularidad se pierde cuando no se escucha al pueblo, y sin popularidad ningún gobernante tiene legitima representatividad.

AUTOR: *Waldo Peña Cazas*, Periodista

Responsable de edición: [María Lohman](#)